

—Así es. Por tanto, nuestra Compañía se divide en dos secciones: una, formada por los hermanos que mientras se pasean estudian las idas y venidas de los transeuntes, las entradas y salidas de las casas y tiendas, dando detalles útiles á los que ejercen la profesión de rateros, ladrones nocturnos y otras, de que nosotros nos abstenemos por prudencia. Cuando se descubre un asunto, callamos hasta que el verdugo se encarga de desatarnos la lengua; y aun entonces decimos lo menos posible. El otro grupo lo forman los que se detienen á la puerta de los palacios, en los puentes ó en sitios semejantes, y ofrecen agua á los sedientos, ayuda á los ancianos, niños ó damas encinta cuando tienen que subir ó bajar las escalinatas; dan la mano á los que saltan de las góndolas, sacando buenas propinas. Por la noche nos reunimos como buenos hermanos, para comer, beber y bailar, y confesamos el último sábado de cada mes.

—Prefiero el segundo grupo.

—Eso prueba una honrada modestia—repuso el viejo.—Propongo, pues, á los sabios presentes que admitan á maese Juan en la Hermandad del Clavo.

El candidato fué recibido por unanimidad, y proclamado inmediatamente miembro de la segunda sección.

Poco después se presentó un numeroso grupo de gentes que llevaban en escudillas de madera la comida que diariamente repartían los buenos frailes de Santa María Gloriosa.

A este grupo siguió otro mejor parecido, compuesto de quince ó veinte jóvenes con heterogéneos trajes y adornos. La llegada de las damas rompió el hielo: todo el mundo empezó á hablar á la vez. Se procedió al reparto de los beneficios del día, y después se sirvió la comida, uniendo al caldero de la vieja lo que habían

llevado los hombres. Siguió un baile, que no terminó hasta que los bailarines estuvieron rendidos, y todos se dirigieron á sus respectivos lechos á eso de las once, no quedando en la estancia más que los doce viejos y la anciana Marina.

Marco Tisone ofreció á Juan un sitio para dormir en el rincón donde estaba la paja de maíz; Marina apagó las luces, y pronto los ronquidos de los viejos anunciaron que los pillos reposaban tan tranquilamente como el que no siente los reproches de la conciencia. El toque de media noche sonó con lentitud en el campanil de Santa María Gloriosa con un son fúnebre, mientras el pobre Juan exclamaba en el fondo de su corazón:

—¡Dios de misericordia!; ¿me abandonaréis en esta abyección?

## VII

Juan permaneció encerrado tres días en la calle del Pistón entre sus honrados cofrades de la *felicitissima compagnia del chiodo*, jugando á las cartas con Marco Tisone y los demás viejos, oyendo pacientemente las injurias de la señora Marina, comiendo chufas y bebiendo vino negro.

Sus ojos y sus oídos se escandalizaron con frecuencia, porque las costumbres y palabras de la Hermandad eran poco edificantes, siendo en totalidad aquella vida propia para conducir al embrutecimiento completo, según el deseo de la muy excelente Inquisición del Estado. A los tres días, sabiendo que su nombre había sido

borrado de la lista, pudo salir de aquella cueva y respirar el aire puro. Como aún no había dado ningún producto á la Sociedad, Blas se encargó de buscarle trabajo. Diéronle un bastón adornado con un clavo en una de sus extremidades, ordenándole que se situara en alguno de los pasos muy frecuentado, á fin de acercarse á las góndolas para ayudar á la gente á entrar y salir en ellas.

Esta ocupación era muy socorrida cuando la góndola llevaba un solo gondolero, aunque perfectamente inútil cuando llevaba dos.

El trayecto desde San Silvestre hasta la entrada del palacio Loredán era uno de los lugares más frecuentados de la ciudad; y allí fué donde el viejo Blas indicó á Juan que se situara, fijándose bien en la gente á fin de que aprendiera á distinguir á los pobres de los ricos, á los enamorados, de los indiferentes, y explicándole la manera de adivinar en el rostro de cada uno su profesión y temperamento, á fin de importunar á los avaros, explotar á los generosos, y ser jovial, en una palabra, con todo el mundo, á fin de hacerse agradable; porque, según el viejo, la cortesía y la amabilidad ayudan á abrir los bolsillos.

—Ahí viene un senador que embarcó en San Silvestre para venir al palacio Loredán—dijo Blas deteniéndose en sus instrucciones:—es el señor Capello, uno de los personajes más ricos y considerados de la ciudad. Presentaos á él con respeto, y, si no tiene dinero suelto, os dará una moneda de plata.

Hermolao Capello era uno de esos venerables venecianos á quienes el gusto por los negocios da una segunda juventud, y que, no obstante sus ochenta años, se dedicaba á la política con todas las fuerzas de su fresca ancianidad. Algún asunto importante ocupaba en

aquel momento su imaginación, porque se rascaba la barba, sepultada en su corbata de encajes, y no separaba los ojos de sus negras y sedenas vestiduras.

Quando la góndola llegó al palacio Juan se quitó el sombrero y presentó el brazo derecho al anciano para ayudarle á subir la escalera. Capello se apoyó en aquel brazo, y, como si saliera de un sueño, miró con atención al oficioso joven; pero no se llevó la mano al bolsillo, y entró en el palacio Loredán con paso firme y majestuoso.

—¡Diablo!—dijo maese Blas.—No tenéis suerte, hermano; es la primera vez que el señor Capello acepta un servicio sin pagarlo. Pero no por eso dejéis de servirle cuando salga. Os deseo mejores parroquianos, y me voy á mis ocupaciones.

Hermolao Capello salió del palacio por la puerta de la calle, y no por la del canal; de suerte que Juan no volvió á verle aquel día. Otros pasajeros llegaron por el canal, sucediéndose en gran número, entre ellos un burgués con su familia, compuesta de cinco personas. El padre dejó una monedilla de plata sobre el toldo de la góndola, y mirando á Juan con aire de furia le dijo airado:

—¡Holgazán! ¿No te da vergüenza, á tu edad y siendo robusto como eres, pasar el tiempo en ese oficio tan tonto?

Y seguido de su familia pasó sin darle siquiera una escasa propina. Después llegó una señora muy elegante, cuya agitación mostraba que iba á un asunto amoroso.

—¡Tened cuidado, signorina!—dijo Juan.—Apoyaos en mi brazo, que las caídas son peligrosas para una dama tan hermosa como vos.

—Gracias por el consejo—repuso la veneciana con dulzura;—pero hace mucho tiempo que aprendí á tenerme derecha, y no me caigo.

—Apoyaos, signorina, sin temor alguno: si fuera un caballero hermoso, podríais vacilar; pero de mí no debéis temer nada.

—Bicho malo!—añadió la dama.—Ni te temo á ti ni á los caballeros, cualquiera que sea su condición; y te probaré cuando quieras que tengo los pies firmes.

Y la veneciana, dando un salto, se alejó riéndose, sin dar un cuarto al hombre del clavo.

Llegó un abate grueso, que tardó un siglo en contar el precio del pasaje; y aun así, gruñó mucho porque no podía completarlo. Juan auguró mal de aquel principio; pero, no obstante, ofreció el brazo al abate.

—¡Gracias, amigo; gracias!—le dijo su ilustrísima.—Eres un valiente. Rogaré por ti á la Madona, y te ahorraré, por lo menos, diez años de Purgatorio.

Y se dirigió hacia San Benedetto, sin soltar un cuarto.

Siguió al abate una dama acompañada de dos lacayos; y aunque Juan no le prestó servicio alguno, ordenó á los criados que dieran una limosna al pobre. Uno de los lacayos se quedó detrás haciendo que buscaba algo en su bolsillo; pero se guardó la moneda en el pecho, en lugar de entregarla al hombre del clavo.

—Decididamente, tiene razón Blas—se dijo el joven:—hoy no estoy de suerte.

Así fueron llegando una tras otra una porción de personas; pero nadie dió á Juan una sola moneda. Al llegar la noche se dirigió á la calle del Pistón, triste y mortificado. Los viejos, al oír que no aportaba un cuarto al fondo común, le miraron con aire de sospecha.

—¿No comprendéis que ese truhán ha debido de beberse y comerse en alguna hostería el fruto de su trabajo?—exclamó la vieja Marina.—Huele á vino de tal manera, que haría resucitar á un muerto. ¡Por la

virtud de mi madre, que no probará nada de mi cocina!

—Calmaos, Marina—dijo Blas.—Yo he sido testigo de la mala suerte de este joven; y si vos le embrujáis haciéndole mal de ojo, no la tendrá mejor. A fin de que pruebe fortuna de otro modo, le pondremos de centinela en la escalera de un puente. No hay que obstinarse contra la suerte cuando es adversa.

Y en efecto; al día siguiente Juan quedó instalado en el puente de Santa María Lobenigo.

La semana anterior habían llegado las mareas vivas hasta la puerta de la iglesia, y al retirarse, habían dejado sobre la escalera del puente ese légamo verdoso y resbaladizo que tantas caídas suele ocasionar. Al ver los primeros peldaños sucios los transeuntes prudentes se detenían. É iban con precaución; y aunque pasaron por allí, como por el trayecto del canal, de todas clases y condiciones, no pasó uno sólo que fuera generoso. Unos gruñan entre dientes, otros se alejaban sin hablar palabra, los más jóvenes saltaban por los sitios peligrosos, y los más viejos, seguían adelante, buscando otro puente más seguro. Los niños se caían, los jóvenes resbalaban y se marchaban riendo; pero los bolsillos no se abrían, y Juan no veía una sola moneda. Al fin, apareció el digno senador Hermolao Capello.

—¡Ahora va á concluir mi mala suerte, porque ese viejo generoso me pagará bien el servicio que voy á hacerle, y la suerte cambiará!—se dijo Juan.

El buen señor llegó con lentitud hasta el puentecillo, observó los peldaños musgosos, y apoyándose en el brazo de Juan exclamó:

—¡He ahí un lazo que me tiende la esposa fiel de nuestro dux! ¡Sostenedme, joven! Mis piernas de ochenta años temen más esas piedrecillas verdes que otras muchas cosas: para tí, es otra cosa.

—Vuestra mano paternal me traerá la dicha, excelencia—dijo Juan;—ya tuve el honor de prestaros mi brazo ayer en San Silvestre.

—Me acuerdo, y te reconozco—dijo el senador.

Hermolao Capello acababa de pronunciar estas palabras cuando resbaló con ambos pies á la vez. Juan le recibió en sus brazos y le llevó al otro lado.

—¿Se ha lastimado vuestra excelencia?—preguntó.

—No, gracias á tu destreza y á tus fuertes brazos.

Y el buen senador se alejó tranquilamente, sin echar mano al bolsillo.

—¿Cómo?—exclamó Juan consternado.—¿No me da siquiera un cuarto? ¡Qué fatalidad! ¿Es esto una burla del azar, ó una persecución del infame Potamogeiton? ¡Dios poderoso!; ¿consentiréis que el Infierno me prive de trabajo y de sustento? ¡Sería demasiada crueldad!

Cuando Juan anunció á sus cofrades del Clavo que también había perdido el día, hubo una explosión de incrédulos murmullos; pero sus lágrimas y sollozos atestiguaron su buena fe, y maese Blas acudió en su auxilio.

—No lloréis—le dijo:—ensayaremos otro procedimiento. Tenéis aspecto de hidalgo, y mañana iréis á un sitio donde hace falta una persona fina. Una vez borrado vuestro nombre de la lista, podéis ir á la *sectiere* de los nobles. Os daremos la sección importante y lucrativa de la puerta del palacio ducal. Conducíos bien, y os aseguro que sacaréis provecho.

Juan se instaló en la Piazzetta, delante de la puerta del palacio ducal, con dos cubos de cobre llenos de agua fresca, una mesita con varios vasos muy limpios y un palo curvado para poder meter los cubos en la cisterna cuando se agotara la provisión.

—Esta vez tendréis suerte, porque todos los que pasan

tienen sed—dijo Blas,—y los que se reúnen en Consejo en el palacio pasean por aquí antes de entrar.

Y en efecto; más de ochocientas personas se reunieron en la plaza. Pero la mayoría pedían agua á los muchachos que con los pies desnudos se deslizaban por entre la multitud observando desde lejos á los que mostraban tener sed. Al fin, dos caballeros jóvenes se detuvieron delante del puesto de Juan, y tomaron un vaso cada uno.

—Paga por mí—dijo uno al otro.

—No tengo suelto—repuso éste;—mañana pagaremos.

Se acercaron dos viejos, y bebieron también, sin dejar de discutir sobre un asunto tan importante, que se olvidaron de pagar. El senador Capello pasó á poco.

—Hijo mío—dijo á Juan,—por lo que veo, vas ascendiendo: esta industria es mejor que las otras.

—Así es, señor: no ganaba nada, y corría el peligro de morir de hambre; pero el oficio de aguador ambulante no me resulta mejor que los otros. Se beben el agua; pero no me pagan.

—¿Cómo?—exclamó el buen anciano.—¿Esos jóvenes se beben el agua gratis? ¿Por qué no reclamas el precio de tu trabajo?

—No me atrevo, excelencia: soy incapaz de molestar á los señores, que tienen que hacer algo más que escuchar á un miserable como yo.

—Eres demasiado discreto—repuso el digno senador bebiendo un vaso de agua á su vez.—Pide, hijo mío, pide; insiste como debe hacerlo un honrado aguador.

—No podré mendigar jamás, excelencia.

—Veo que tienes el corazón en su sitio. ¡Adiós, amigo!

Y el respetable señor se alejó como los otros, sin pagar el agua que acababa de beber.

—¡Y él también!—exclamó confundido el honrado Juan.—¡El bueno, el generoso Capello no se digna comprenderme cuando empleo el medio más claro para demostrarle mi sagacidad! ¡Es demasiada desgracia!

Pasó el momento. Los miembros del Consejo entraron en el palacio ducal. Juan permaneció en su puesto para tranquilizar su conciencia, aun cuando nada tenía ya que esperar. Un mercader albanés fué á beber un vaso de agua y dejó sobre la mesilla una moneda.

—¡Al fin se aleja la mala suerte!—exclamó Juan.

Y corrió á Santa Tomás tan contento como si le hubieran dado una abadía. Marco Tisone examinó la moneda.

—¿Conocéis esto?—preguntó á Blas.

—Sí—repuso el viejo;—es una moneda albanesa que no tiene valor ninguno, ó lo que es lo mismo, una moneda falsa. Nuestro amigo está embrujado.

—¡Pues bien—exclamó Juan;—no lucharé más con el Infierno! Sólo opondré la inercia á sus golpes; me hundiré en la miseria, avergonzaré al Cielo con mi envilecimiento, y si me deja morir, tanto mejor.

### VIII

Los miembros más eminentes de la Hermandad del Clavo tuvieron Consejo para buscar remedio al maleficio que detenía á Juan en su carrera. Su reunión fué interrumpida por la llegada de un hombre que habían colocado de centinela al principio de la calle. Por el descompuesto semblante del centinela, se comprendía que la Hermandad veligraba.

Y en efecto; pronto supieron que llegaba el gobernador seguido de sus agentes, y los viejos empezaron á temblar, por más que su conciencia no les reprochase grandes pecados. El gobernador entró preguntando si estaba allí Juan, apellidado Cerdeña, y éste fué entregado al momento. El jefe de la policía interrogó al detenido, y Juan contó ingenuamente su historia, ocultando sus tratos con el Infierno, por creerse autorizado para guardar el secreto.

—¿No disteis el brazo al senador Capello delante de la iglesia de Santa María Lobenigo?—preguntó el gobernador.

—Sí, señor. En efecto; el senador resbaló, y sin mí, habría caído al suelo. Pero si su pañuelo y su portamonedas han desaparecido de su bolsillo, no fué allí, seguramente, donde los perdíó.

—¿No disteis de beber á varias personas ayer delante del palacio ducal?

—Todo el mundo pudo verme allí; pero me porté como aguador honrado, y no hice daño á nadie.

—¿No habéis dicho vuestro nombre ni contado vuestras aventuras á alguno de los nobles señores que acudían al Consejo?

—A nadie, señor; os lo juro.

—¿No habéis abrigado pensamientos que ofendan á la majestad del serenísimo Estado?

—No, señor. Siento profundo respeto por la serenísima República de Venecia y por cada uno de los miembros de su serenísimo gobierno.

—Está bien: tomad vuestro equipaje, si tenéis alguno, é id adonde van á conducirnos mis agentes.

—¡Por compasión!—exclamó Juan.—¿Qué van á hacer conmigo? ¡Soy inocente, monseñor! ¡La muy excelente Inquisición no querrá hacer morir ó enterrar en

sus pozos á un pobre muchacho que le ha dado su fortuna por conservar la vida y la libertad!

—¡Basta de discursos! Pronto sabréis lo que han de hacer con vos.

Juan tomó bajo el brazo un par de camisas de lienzo, que constituían todo su guardarropa, y fué con los agentes de policía, que le condujeron al muelle de los Esclavones.

Treinta hombres tan mal vestidos como él, colocados en fila como los soldados, esperaban el momento de descender á un gran barco de vela. Juan fué colocado al final de aquella fila de réprobos.

—¿Adónde vamos?—preguntó á su vecino.

—La señoría no nos ha hecho el honor de decirnoslo; pero, seguramente, á Morea ó á Chipre, á trabajar para enriquecer á algún colono avaro y despiadado.

Era la hora en que todo el mundo elegante acudía al paseo, é iban á presenciar el embarco de los deportados como si fuera una diversión. Entre los curiosos pasó una hermosa dama elegantemente vestida, apoyada en el brazo de un caballero, que le indicó que se acercara para estudiar el rostro y las figuras de aquellos bandidos. Juan corrió hacia la señora.

—Luisa—le dijo,—he usurpado el nombre de vuestro padre; pero la amistad fraternal que siempre os consagré, no es una mentira. ¡Concededme el perdón de mis culpas, y permitid que os bese la mano!

La condesa retrocedió tres pasos.

—Eres muy atrevido—le dijo—osando dirigirme la palabra. ¡Piensa que con una sola palabra haría que te quemasen vivo!

—¡No aumentéis con vuestra cólera los pesares que me aniquila! ¡Dadme al menos un testimonio de vuestra compasión!

—¡Vil impostor!—repuso la condesa.—¿Qué nueva traición oculta ese ruego?

—Desde hace cuatro días sólo he recibido injurias y afrentas. ¡Por compasión, Luisa; dadme vuestra mano!

—¿Quién me libraré de este miserable?—gritó Luisa de Cerdeña.

Una lluvia de bastonazos puso fin á las súplicas del importuno, y la condesa se alejó mirando con desprecio al pobre Juan. Procedióse al embarco; y cuando la galera que conducía á aquellos desgraciados salió del puerto, los infelices lanzaron gritos desgarradores dando un adiós delirante á Venecia. Su elocuencia desarmó á los mismos guardias: el amor á la patria despertaba en aquellos degradados un sentimiento noble, inspirándoles acentos sublimes en su desesperación.

Juan, que no participaba de aquellas penas, se mantenía separado; y cuando sólo pudo divisarse el campanil de San Marcos, exclamó á media voz:

—¡Maldita seas, Venecia! ¡Malditos sean tus canales, tus islotes, tu gobierno opresor, y todo ese dominio cenagoso donde reina el implacable Potamogeiton!

A dos leguas de Lido, la galera halló un navío de gran porte, y á él fueron pasando los deportados, que supieron allí su suerte. Iban á Dalmacia; y como era la colonia más próxima á la metrópoli, su dolor se ajaciguó en parte: los látigos contribuyeron á restablecer el silencio, y pronto reinó en la nave un orden perfecto. Un bote condujo al navío al gobernador de Dalmacia, nombrado el día antes para dicho cargo. Era el buen señor Hermolao Capello; pero Juan no lo supo, porque permaneció en la cala todo el tiempo, sufriendo horriblemente. Una tempestad alejó al navío

de su ruta, y después de una travesía de quince días llegaron al fin á Zara.

Dalmacia era una colonia fiel á la República, y la muy excelente señoría le enviaba por tres años á Hermolao Capello, en la creencia de que su afable conducta templaría los disgustos producidos allí por los rigores de la política veneciana.

Al desembarcar, los deportados fueron mejor tratados que en Venecia, y los dejaron en libertad de buscar ocupación, con tal que se presentaran todos los días al jefe de policía. Cada uno se ocupó en aquello que más le agradaba, y Juan quedó entre los que deseaban gozar en la ociosidad las bondades del clima; no por pereza, sino por la abrumadora melancolía que le dominaba. Un puñado de arroz era su mejor alimento; se acostaba al sol sin placer alguno, y cuando sus miradas se perdían en el mar, recordaba su infancia en el convento de franciscanos, y su destierro le destrozaba el corazón. En aquel cálido clima los deportados no pueden luchar con dos enemigos, compañeros de la miseria: la suciedad y una plaga asquerosa de piojos. Juan quiso luchar; pero fué vencido. Una epidemia se extendió entre los deportados, y sólo su fuerte robustez le permitió salir victorioso. Estaba en la convalecencia, cuando Hermolao Capello, visitando el hospital de deportados, le reconoció.

—Si hubiera sabido que estabas entre los enfermos—le dijo,—te habría enviado socorros.

—¡Ah; hay muchas cosas que vuestra excelencia no sabe aún! Esos hombres que me rodean han sido unos bribones miserables, por regla general; pero yo he sido un hidalgo honrado, un príncipe.

—No lo ignoro—repuso el gobernador,—y comprendo que la condición en que te hallas debe de parecerte

más dura que á ellos. Es justo que goces de algunos favores.

Juan creyó que se endulzaría su suerte; pero esperó en vano: el buen señor olvidó su promesa.

Como el desdichado no tenía un alma caritativa que cuidara de su ropa, decidió lavarla por sí mismo. Un día se situó en una pequeña fuente en las afueras de la ciudad, dispuesto á trabajar en su labor; pero á poco una lavandera de profesión joven y hermosa, con los brazos y las piernas al aire, pasó por allí con una cesta de ropa, y se echó á reír.

—Comprendo que eres extranjero—le dijo,—y no debe ofenderte mi risa, porque aquí ningún hombre se metería á lavadero. ¡Vamos! En pago de haberme burlado de ti, te lavaré la ropa. Siéntate sobre la hierba, y hablaremos mientras trabajo. ¿De qué país eres? Si vienes de lejos, cuéntame tus viajes. ¿Tienes padres? ¿Son mejores que los míos, que no hacen más que pegarme? Si has amado á alguna joven de tu país tan blanca como tú, cuéntamelo todo: soy muy curiosa.

Juan no se hizo rogar, y contó su historia, atribuyendo sus desgracias á causas imaginarias é imputando al azar todo lo que debía á los espíritus.

La bella zaratina se interesó mucho en la historia, principalmente en el capítulo de los amores; maldijo la tiranía de don Guido, y palmoteó al oír las estratagemas de que se valían los amantes, como si estuviera viéndolas. La muerte de Flora le produjo tanta pena, que no pudo reprimir las lágrimas.

Juan halló un gran consuelo en aquella amistad, y, acostumbrado como estaba desde hacía mucho tiempo á ver sólo indiferentes ó enemigos, la dicha de hallar un ser que simpatizara con él le hizo creer que salía de una espantosa pesadilla.

—Decíme ahora vuestro nombre y vuestra historia, amiga mía.

—¿Estás enfadado aún? Me hablas como los jueces de Venecia cuando interrogan á los piratas.

—No, hija mía; no estoy enfadado. Hoy será, por el contrario, el día más feliz de mi vida; pero me entristece la idea de que no te veré más.

—¿Y qué puede impedir que nos veamos todos los días? Mañana volveré aquí. Me llamo Antonia. Te contaré mi historia otro día, porque ya es tarde.

—Voy á acompañarte, Antonia, deseando volver á verte, porque te amo ya.

—¡*Magari!*—repuso la zaratina suspirando.

Y se alejó con un continente tan noble y tan gracioso, que Juan creyó tener ante sus ojos á Poppea disfrazada de lavandera.

Es preciso que nuestros lectores sepan que *Magari* es una palabra dálmata que tiene dos significaciones á la vez: No y ¡Ojalá!

## IX

Antonia fue exacta á la cita, y, lo mismo que la víspera, llegó á la fuente con la cesta en la cabeza; sentóse en la hierba al lado de Juan, que la esperaba desde mucho antes, y habló así:

—Ayer me dijiste que me amabas; pero no me gustan las chanzas, porque seré desgraciada, y ya lo soy bastante sin que el amor se mezcle en mis asuntos.

—¡Te he dicho la verdad!—añadió Juan.

—¿No me engañarás?

—¡Nunca!

—Está bien; creo lo que me dices, y voy á contarte mi historia. Mi padre era pescador; vino á Zara, vió á mi madre, y se casó con ella, trabajando después en las fortificaciones como jornalero. Poco después de mi nacimiento un hombre malo le hizo entrar á formar parte de una expedición de piratas. Robaron dos galeras de Ragusa, mataron á la tripulación, y, después de vender el botín en distintos sitios, volvieron á Zara; pero entraron en averiguaciones, y mi padre fué condenado á muerte con los demás cómplices. Desde entonces, mi madre descarga sobre mí su mal humor; me pega como si fuera un perro, y la mayor parte de las veces sin motivo alguno.

“Hace seis meses, un joven oficial quiso hacerme la corte. Era rico y de buena familia; no había de casarse conmigo, y no le hice caso. Tuvo la villanía de colocar en esta misma cesta su reloj, para acusarme de habérselo robado. Me llevaron al juzgado; pero me defendí tan bien, que me hicieron justicia, y mientras mi acusador quedaba confundido, á mí me llevaron en hombros á mi casa.

“Poco después vino un turco, habló en secreto con mi madre, y después ésta me suplicó que fuera con él á Bosnia, donde me casaría con el bajá, que me cubriría de oro y alhajas: dijo que iría siempre vestida de seda, y que estaría muy bien. Comprendí que quería venderme, y me arrojé á sus pies negándome á acceder á sus deseos. Creo que me habría matado si el turco no me hubiera defendido. Viendo, sin embargo, que la resolución de mi madre era inquebrantable, se lo conté á una vecina, y ella dió aviso á la policía. Amonestaron severamente á mi madre, y el turco des-

apareció. Desde entonces no pasa día sin que oiga sus reproches, diciendo que no he querido hacer mi suerte y la de mi familia. Como he comprendido que mi madre no me quiere, pido todos los días á la Madona que me dé un marido que me proteja. Si tú quieres serlo, me consolaré de todas mis penas.

—Antonia—repuso Juan,—en la miseria en que nos hallamos, no hay que pensar en casarnos. No quiero engañarte: yo no gano un cuarto; pero aun cuando ganara tanto como tú, sería una locura, porque pronto vendrían los hijos, y antes que ver hambre y miseria en mi casa, me arrojaría al mar.

—¡Paciencia entonces!—dijo Antonia.—Ambos somos jóvenes y podemos esperar amándonos y hablando al lado de esta fuente.

Y, efectivamente; desde aquel día ambos jóvenes se reunieron diariamente en aquel sitio, y Juan hacía compañía á la joven mientras ella lavaba, gozando de la libertad de los pobres, sin sentir la menor intención pecaminosa. Así transcurría el tiempo dulcemente.

Un día, cuando Juan iba camino de la fuente, un agente de policía le detuvo, y le condujo al palacio del gobernador, donde se halló en presencia del buen señor Capello.

—Hijo mío—le dijo éste,—el serenísimo gobierno no te ha perdido de vista, á pesar de haberle donado tus bienes. Creí que tu resignación le haría perdonarte; pero veo que aún tienes que soportar otra prueba. He recibido orden de enviarte á la isla de Liesina para que desempeñes el oficio de remero guardacostas.

—¿Es decir, que me condenan á galeras?

—Presisamente; pero te aseguro que será la última prueba. Ese rigor aparente oculta una próxima modificación en tu suerte. Si la soportas con constan-

cia, te prometo que estarás mejor; no hay, pues, que murmurar, Mañana partirás para Liesina.

—¡Oh señor!—exclamó Juan cayendo de rodillas.—¡Permitidme continuar en Zara! Si hace tres meses me hubieran enviado á los antípodas, no me habría quejado; pero hoy no puedo partir. ¡Que me echen á galeras si quieren; pero que sea en Zara!

—Cuando la serenísima señoría habla, se obedece al instante; lo contrario es la muerte.

—¡Pues bien, haced que muera; libradme de una existencia que me es insoportable!

—¡Eres un niño!—repuso el señor Capello.—Ya te he dicho que está próximo el fin de tus males. Pronto podrás cambiar de nombre, ir á Venecia, y obtener el derecho de ciudadanía.

—¡Quiero vivir en Zara!

—¿Tanto amas á una lavandera?—dijo con serenidad el senador.—Lo sé todo, joven; estás enamorado de una hija del pueblo. Arranca ese amor de tu corazón, y todo irá bien.

—¿Y qué os importa que yo ame ó no á una lavandera?—repuso Juan.—En la abyección en que me encuentro, ¿tengo algo que perder? La amistad de esa pobre niña es mi único bien. ¡No me lo quitéis, por piedad, ó quitadme la vida al mismo tiempo!

—Tenía otros designios respecto de ti; pero, al parecer, no mereces que me cuide de tu suerte—replicó el gobernador.—No añadas una palabra más, ó acabarás de perderte. Mañana partirás para Liesina.

Juan llegó á la fuente deshecho en lágrimas; pero no halló á Antonia. Una lavandera que pasaba le dijo:

—Tu novia no vendrá: la han vendido.

—¿Vendido? ¿Qué queréis decir? ¿A quién?

—Su madre la ha vendido al mayor de la provincia.

¿No sabéis que todas las hijas de Zara, cuando son hermosas, van á poder de los señores venecianos?

—¡Yo desharé esa venta!—dijo Juan.

—¿Como?

—¡Matando al comprador!

La lavandera hizo la señal de la cruz, y siguió su camino.

Una calle larga y hermosa dividía á Zara en dos partes, quedando á ambos lados calles estrechas y obscuras, que llegaban hasta las afueras de la ciudad. En una de éstas, llamada del Pozzetto, vivía la madre de Antonia. La puerta de su casa estaba abierta. Juan, de un salto, se precipitó en el chiribitil, ebrio de furor, y halló á la vieja hablando con un oficial en quién, por su uniforme, reconoció á un mayor de provincia.

—¿Dónde está vuestra hija?—preguntó á la madre cruzando trágicamente los brazos.

—Encerrada en su cuarto—repuso la vieja.

—Y, sin duda, acabáis de vender al señor mayor la llave de ese cuarto en el mayor precio posible. Yo firmaré como testigo en ese honroso contrato!

—Este mendigo ¿será, sin duda, el rival preferido por Antonia?—interrogó el oficial.

—Sí—agregó la madre:—la pequeña ha perdido la cabeza por ese pordiosero; pero ya la curaré yo de esa locura.

—No la peguéis; no es ella la que necesita corrección, sino este bribón que me mira. ¡Sal de aquí, pícaro, ó te rompo la vara en la espalda!

—No saldré—repuso Juan;—y si me dáis un bastonazo, os estrangularé con mis propias manos.

—¿Qué diablo de acento tiene este canalla? ¿No es de este país?—preguntó el oficial.

—Soy francés—repuso el joven;—y en mi país siem-

pre hacemos lo que decimos. Si me pegáis, os mato.

—¡Hola! Eso merece atención—dijo el oficial sacando la espada.—¿Sales, ó te arresto y te entrego á la policía por insultar al mayor de la provincia?

Sobre una mesa patizamba había un candelero de hierro; Juan se apoderó de él, y manejándolo á guisa de arma, se dirigió resueltamente á su adversario.

—¡Tú eres el que vas á salir de aquí, y no yo!—dijo manejando el candelero.

El oficial retrocedió hasta llegar á un ángulo de la sala, y se puso en guardia, gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¿Quieres matarme? ¡En nombre de la serenísima señoría, de la cual soy excelente mayor en Dalmacia, te arresto!

—¡Depón la espada, ó Dalmacia se quedará sin su excelente mayor!—repuso Juan.—Yo soy quien te arresta á ti como sobornado de doncellas, y ambos nos explicaremos delante del buen señor Capello.

El mayor quizás habría capitulado con el mendigo; pero cuando se vió amenazado con un escándalo público, prefirió luchar cuerpo á cuerpo, toda vez que tenía la ventaja de las armas, y se arrojó sobre su enemigo, dándole una estocada terrible. Juan retrocedió lentamente, y lanzó el candelero sobre la cabeza de su enemigo. El oficial, herido en la frente, vaciló, y cayó al suelo con el rostro y las manos cubiertos de sangre. La vieja exhaló gritos terribles; los vecinos empezaron á mirar por las ventanas antes de decidirse á prestar auxilio. Juan corrió jadeante hasta llegar á la puerta Marina. Allí le detuvo el mar. El siroco soplaba con violencia; una barquilla con las velas dispuestas se balanceaba cerca de la boca del puerto.

—¡Espíritus del agua!—exclamó Juan.—¡Me invi-